

# La prostitución en Asia: un buen negocio

Flora Botton Beja

Para la mayoría de los países en vías de desarrollo es necesario encontrar fuentes de divisas. Los más afortunados pueden ofrecer materias primas, otros estimulan las industrias maquiladoras y hay quienes producen algunos objetos que gracias al bajo costo de la mano de obra pueden competir favorablemente en el mercado mundial. En Asia, una fuente importante de divisas es la prostitución: venta de mujeres a cambio de divisas. En esta industria, cada día más lucrativa, están involucrados varios países del Este y del Sudeste de Asia. Los países "exportadores" o involucrados en la oferta son Corea, Tailandia, Filipinas, Taiwán, Hong Kong y Macao y hasta hace unos años Vietnam. Los consumidores son Japón, los Estados Unidos y Europa.

Japón no fue siempre un país desarrollado y consumidor. A fines del siglo pasado y principios de éste, una fuente importante de divisas para ese país fueron las remesas que constantemente enviaban prostitutas japonesas empleadas en Malasia, Singapur y Manchuria. Últimamente dos películas, una documental realizada por el cineasta japonés Finamura, *Karayuki-san*, y un largo metraje llamado *Sandokan 8*, ofrecen un testimonio desgarrador de décadas de explotación e infamia.

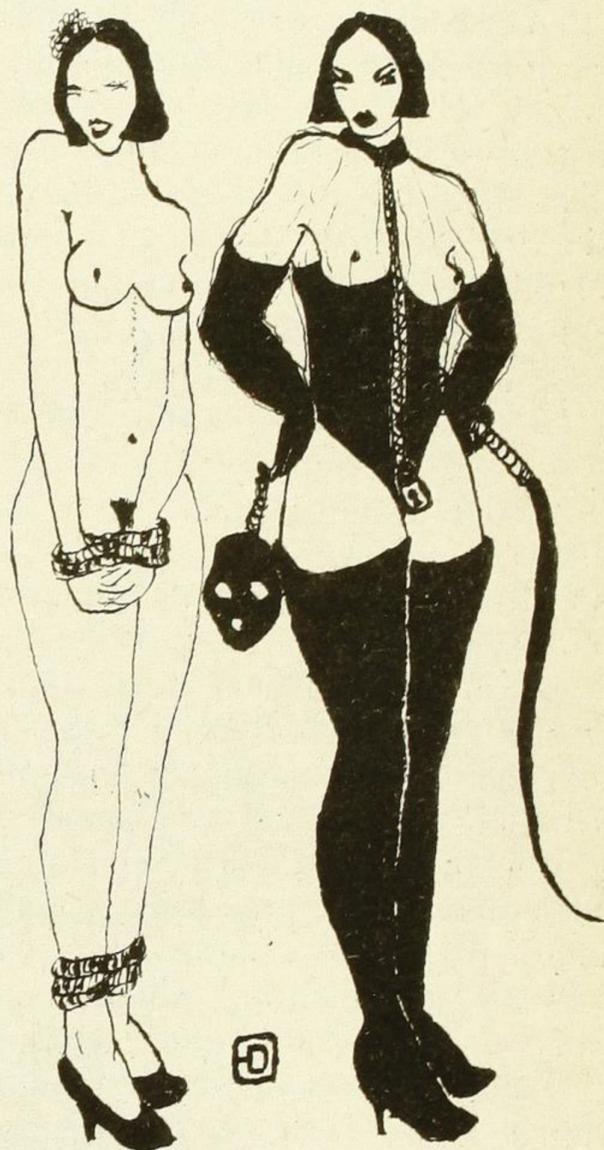
Las mujeres involucradas provenían generalmente de medios rurales y eran reclutadas por proxenetas, quienes las convencían de viajar con falsas promesas de trabajo. En realidad se les transportaba a puertos del Sudeste de Asia y una vez que estaban allá, se les obligaba a prostituirse para pagar las "deudas" que

habían contraído por gastos de transporte y ropa adecuada. Cuando terminaban de pagar ya estaban totalmente a merced de una vida que no habían elegido y seguían trabajando y enviando dinero a Japón, ayudando así a sostener a sus familiares y educar a sus hermanos.

En los años treinta, con el surgimiento del nacionalismo, el gobierno japonés decidió cerrar los establecimientos que consideraba "vergonzosos" para el país y las mujeres (llamadas *karayuki*) debieron abandonar las casas de prostitución (*sandokan*) enfrentándose así a un mundo hostil. En Japón, sus familiares que habían recibido su dinero las desconocían y en el Sudeste de Asia eran extranjeras de pasado dudoso.

En la actualidad, sin embargo, Japón ya no exporta a sus mujeres y se ha vuelto importador y consumidor. Según un artículo reciente de la revista japonesa AMPO (Vol. 18, No. 2-3), cada año ingresa a Japón un mayor número de mujeres proveniente de los países de la ANSEA (Asociación de Naciones del Sureste de Asia) y de otros países del continente asiático. Llegan para trabajar como "artistas" pero generalmente esto encubre una amplia gama de modos de prostitución. Los dos aspectos de este tráfico son, por un lado la gran oferta que existe debido a la pobreza de los lugares de donde provienen las mujeres y, por el otro, la creciente demanda de un Japón próspero y de una lucrativa industria del sexo.

En 1985 había en Japón 1,684 casas de baño, 1,111 casas de masaje, 848 oficinas de *call girls*, 689 teatros de *strip tease*, 96,769 cabarets y bares, 2,745 *sex shops* y 10,839 moteles. Los dueños de los



(Dulcemaría)

establecimientos buscan constantemente empleadas que provienen generalmente de Filipinas, Tailandia, Corea y Taiwán. Aunque al llegar se empleen simplemente en una de las 239,064 cafeterías, pronto se involucran en algún trabajo de prostitución. Hay una organización compleja de promoción de la mercancía y compra-venta de mujeres con intermediarios, catálogos y a veces con los buenos oficios de la mafia, los *Yakuza*. Una vez que cada uno de los involucrados recibe su tajada, la que menos gana es la mujer. Si una mujer llega a ganar 300,000 *yens* al mes, un promotor gana 1.8 millones de *yens*. En un año se calculan las ganancias de los intermediarios en más de 12 millones de dólares.

Actualmente hay más de 100,000 mujeres del Sudeste de Asia y Japón, aunque es difícil conocer el número exacto puesto que muchas permanecen en el país ilegalmente. Entran primero con visa de turista y con la ayuda de la mafia se las distribuye en los lugares de trabajo. Frecuentemente deben de cambiar de lugar para evitar hostigamiento de parte de las autoridades migratorias. En estos cambios muchas veces no se les paga el dinero que han ganado y si caen en manos de migración son ellas las que sufren las consecuencias y nunca se molesta a los que las explotan.

La prosperidad económica japonesa, que permite a un mayor número de personas viajar al extranjero, ha fomentado también la apertura de mercados de mujeres en otros países de Asia. Tailandia es un centro de "placer" bien conocido, y de los 2 millones de turistas que recibe el país cada año, un 60 por ciento llega por los servicios sexuales que allí se ofrecen; Corea encuentra en la prostitución una fuente de divisas comparable a su industria maquiladora. Además de viajeros individuales que buscan diversión en bares y casas de asignación, hay una industria de turismo del sexo que ofrece paquetes "todo incluido". Se calcula que al menos 1.5 millones de hombres japoneses viajan cada año al Sudeste de Asia,

y la mayoría lo hace para encontrar esparcimiento sexual.

Igual que las "artistas" y prostitutas que ingresan a Japón, las mujeres en otros países también son contratadas por agencias y pagan por la oferta de trabajo un promedio de 5,000 dólares o se comprometen a servir gratuitamente a los primeros 150 clientes. Es posible que no sepan, al principio, a qué trabajo se les destina, porque existen casos como el de Filipinas, en los cuales se contrata mujeres para servicio doméstico o de hospitales, o como meseras. Sin embargo, cuando se trata de mujeres jóvenes y bien parecidas es casi seguro que a la larga se les destina a un trabajo de prostitución.

Los europeos y norteamericanos también se han unido al grupo de consumidores. Paquetes turísticos ofreciendo un nirvana oriental circulan en Alemania, Holanda, Suiza, etcétera. Otra forma popular de ofrecer mujeres son los catálogos de "novias" orientales. Muchos hombres occidentales, sobre todo los de edad madura, reaccionan a lo que ellos perciben como una consecuencia funesta de la liberación femenina, que hace a las mujeres menos dóciles y amargadas, y por sus fracasos para relacionarse con mujeres de su propia cultura, buscan a la joven y dulce oriental que

les dará una nueva seguridad en cuanto a su masculinidad; el interesado escoge en el catálogo a una chica y la recibe en su país. En algunos casos los catálogos son usados por proxenetas y el "matrimonio" no es más que una manera más elaborada de inducir a la prostitución. Se conocen casos de maltrato de "novias", prostitución forzada y aun de muertes.

Las bases militares que los Estados Unidos mantienen en el Sudeste de Asia son focos de prostitución a gran escala. En Saigón, antes de la salida de las tropas estadounidenses de Vietnam había más de 1,000 bares repletos de mujeres; en la actualidad en las dos bases militares en Filipinas, 8,000 mujeres están registradas como *hostesses* y trabajan en los bares frecuentados por los soldados, pero se sabe que al menos el doble trabaja sin permiso ni registro.

Un grave problema es la prostitución infantil y la venta de niñas para dedicarlas a la prostitución. En Macao se puede comprar una niña por 200 dólares, en Bangkok hay una gran incidencia de prostitución infantil y en Filipinas constituye una conocida atracción turística. Se calcula que en Hong Kong, en un distrito hay al menos 1,200 niñas que trabajan como prostitutas, más 4,000 en Sri Lanka y en la India el número llegaría a más de un millón.

Los que analizan esta situación señalan que la causa mayor de este tráfico y negocio vergonzoso es la pobreza y la necesidad. Esta transnacionalización de la prostitución, este comercio internacional de mujeres es visto como una consecuencia más de un mundo capitalista en donde rigen la demanda y la oferta. Sin embargo, sin contradecir este hecho que es evidente, cabría preguntarse por qué la pobreza tiene género y por qué son las mujeres las que están más frecuentemente expuestas a ser vendidas y a convertirse en víctimas de la enfermedad y la violencia. *Jem*

(Dulcemaría)

